

ROSA SCHEINER

ACCION SOCIAL DE LA MUJER EN LA ARGENTINA

SU CONTENIDO REVOLUCIONARIO

DENTRO del régimen burgués, cimentado sobre la más exacerbada desigualdad económica, no se puede hablar de acción social en abstracto. Atendiendo la realidad histórica del antagonismo de clases en cuya virtud los intereses de una clase están en pugna con los intereses de la otra, se hace difícil, por no decir imposible, aceptar la premisa de una sola acción social.

Si admitimos que el concepto de acción social es ante todo la expresión de solidaridad, habrá necesariamente que dividirla en dos categorías: la ACCION SOCIAL CONSERVADORA y la ACCION SOCIAL REVOLUCIONARIA.

Un hombre o una mujer pudiente dará expresión a su inquietud social siempre hasta un determinado límite, pasando el cual pudieran lesionarse sus intereses de clase, sus privilegios fundamentales.

Se dedicarán a la filantropía en gran escala, desarrollarán una considerable acción cultural, proferirán bellas y sentidas palabras sobre los males sociales... Su acción social será sin embargo siempre conservadora; su emoción puramente epidérmica; es que su interés de clase consiste en "no tocar para nada la causa originaria de los males sociales, o sea la propiedad privada", porque es ella la que condiciona la hartura, el confort y el placer de las clases acomodadas.

Pareciera que con sus ruidosos alardes, filantrópicos algunos señores millonarios quisieran hacerse perdonar su veneración al dios-oro en cuyo altar sacrifican a millones de asalariados — mujeres, hombres y niños. — Una vez pagado ese pequeño tributo, al suave reclamo de la conciencia, los filántropos se entregan a sus anchas a los privilegios de su suerte, como el hombre piadoso, que vuelve a pecar con centuplicados bríos, una vez obtenida la absolución sacerdotal después de confesar los pecados cometidos...



Idéntica acción social conservadora desarrollan ciertos elementos de la burguesía menor, filántropos en pequeña escala. Así, la dama compasiva que tiene "sus pobres" a las que provee periódicamente de algún dinero o ropa; o la señorita que enseña a leer a los obreros. Tanto los grandes filántropos, como los pequeños no hacen más que dar un poco de lo que les sobra. Consideran la desigualdad económica como un mal necesario e inevitable, y mitigándolo un poco se sienten bienhechores de la sociedad.



La acción social revolucionaria no puede ser desarrollada sino por la masa popular, y en primer término por la clase trabajadora.

El proletariado soporta un régimen social que le ofrece como única seguridad la de no salir nunca de la estrechez y de la miseria, y como única libertad, la de morir de hambre. Cuando la gran parte de la masa proletaria lo haya comprendido en todo su profundo significado, habrá llegado el fin de su servidumbre — y desde luego el fin del bandidaje capitalista. La acción social revolucionaria tiene la misión de acelerar ese proceso histórico, y en ella está empeñado hoy lo más responsable de las avanzadas sociales.

Muy difícil es entre nosotros la acción social de espíritu revolucionario, y si ello se explica por el grado mismo de evolución del país, hay además otro factor importante que determinó el hecho. Ese factor es la desnaturalización del imperativo específico determinado por su propia existencia, por parte de nuestro partido. Si un partido socialista no está llamado a impulsar y activar la acción revolucionaria de los trabajadores — y de los que simpatizan con su causa, — no concebimos para qué existe. Es su misión específica, que ningún otro partido político puede realizar. Bajo el placido murmullo bernsteniano nos hemos olvidado de esa gran verdad. Hemos hecho política y la clase trabajadora argentina, su parte más con-

ciente, sin una directiva revolucionaria, se ha detenido en el mejor de los casos en un gremialismo estrecho, cerrado, exclusivista y estéril siempre.



¿Qué hay de extraño pues que a través de tantos desaciertos y desvíos, tengamos como triste balance, un atraso inverosímil en materia de acción social de la mujer obrera y de la mujer de las capas pobres de la pequeña clase media?

Quien haya observado de cerca a obreras de la fábrica o taller, a empleadas, a maestras, o a las llamadas amas de casa, quien las haya observado con criterio socialista, se queda sencillamente desconsolado. Parecen figuras estancadas en el siglo XIX por lo menos. Psicológicamente se distinguen apenas de nuestras bisabuelas, y eso al lado de su independencia económica aparece especialmente ridículo, absurdo hasta lo inconcebible, hasta lo fantástico...

Todos los convencionalismos idiotas que el coloniaje ha mantenido para la mujer de su tiempo, siguen dominando sobre todas las decenas de millares de mujeres cuya vida es completamente distinta, que participan quieran o no quieran de la lucha férrea por la existencia, a la que solo escapan algunas pocas.

Cuando se piensa que más de setecientas mil mujeres de nuestro país se bastan a sí mismas económicamente, desempeñándose en las más diversas esferas del trabajo, y que de esas setecientas mil mujeres quizás no alcancen al millar las que tengan alguna personalidad, no se puede menos de horrorizarse ante el formidable poder de la costumbre, poder anulador desde luego.



En pleno Buenos Aires, la primera ciudad de América del Sur y que se compara con orgullo excesivo con las grandes capitales europeas, la inercia social de sus mujeres es algo que choca por lo anacrónico. Esa

"resistencia evolutiva del cerebro" de que habla Ramón y Cajal refiriéndose a la humanidad, tiene su asidero predilecto en el millón y medio de mujeres que pueblan la ciudad luz de Latino América, sin contar a las que viven en todo el territorio argentino.



Pero hay más. Ni siquiera dentro del radio socialista se ha producido una renovación de la mentalidad femenina. En medio de los hogares socialistas ha pesado y pesa aún, sobre las mujeres la resistencia masculina a concederles la libertad individual, el placer de la iniciativa, el tanteo personal por nuevas rutas...

Es que el pánico pequeño burgués al "qué dirán" tortura aún al padre y al marido socialista. Y ese prejuicio lugareño puede más en su psicología que todas las declaraciones de su programa partidario sobre la igualdad de los sexos...

El resultado? Cuál puede ser sino el de carencia entre nosotros de mujeres luchadoras? Porque ser socialista presupone ante todo arrojar a un lado la maraña de prejuicios con que la rutina nos ha enredado. Cortarla, aún desgarrándose las carnes, si fuera necesario, pero recuperar la personalidad, sentirse responsable y dueña de sus actos.

En lugar de eso, nuestras mujeres, las mujeres del medio socialista todavía siguen la rutina colonial de no salir de noche sino acompañadas, como la más timorata y apocada de nuestras bisabuelas en sus años de juventud... Como cualquier "misia Panchita" de antaño...

Si las mujeres socialistas de la Rusia absolutista o las mujeres socialistas de la España católica hubieran usado de semejantes escrúpulos, ni la revolución rusa del 17, ni la reciente española hubieran encontrado en ellas las admirables compañeras de lucha, de temple heroico que han preparado el triunfo de la primera, y que contribuirán sin duda a la victoria proletaria de ésta.

Compañero:

Coopere con nosotros, suscríbese llenando el talón adjunto

Nombre
Dirección:
Ciudad F. C.

Giros a nombre de E. RODO, 25 de Mayo 67, Escritorio 54 — BUENOS AIRES

Suscripción a 6 números \$ 1.—

„ 12 „ „ 2.—